

# La iglesia de Santa María del Mar de Barcelona.

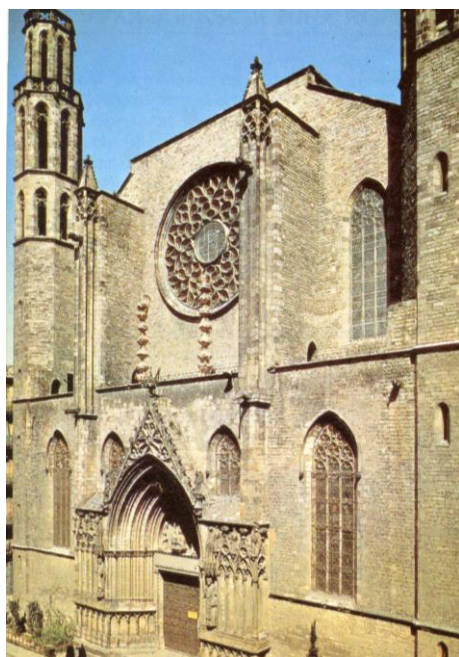
Santa María del Mar de Barcelona es probablemente la más bella iglesia gótica española, y aún en algunos aspectos, una joya única del gótico europeo. No se trata de compararla con las grandes catedrales francesas, como Chartres o Reims, que nos abruman por sus proporciones y su luminosidad, pero, aun de menores dimensiones, Santa María del Mar no es superada, por su pureza de líneas y su ciencia constructiva. LE CORBUSIER, figura clave de la arquitectura de este siglo XX, en sus viajes a Barcelona hacía siempre una visita detenida a esta construcción próxima a la calle Montcada.

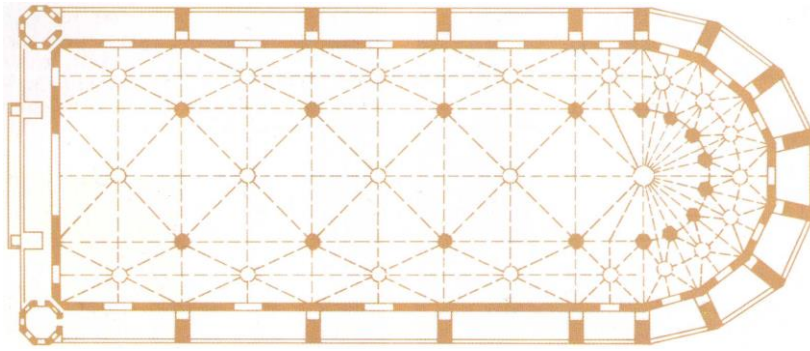


Según la tradición en la necrópolis romana sobre la que se encuentra la iglesia fue enterrada Santa Eulalia. Un documento del año 918 menciona una basílica que se encontraba en el camino del mar. Durante los siglos XII y XIII armadores, mercaderes y descargadores construyen sus casas alrededor del templo, al tiempo que los nobles comienzan a edificar sus palacios en la vecina calle de

Montcada. Se necesitaba una iglesia de mayores proporciones, y por iniciativa del canónigo BERNARDO LLULL inicia la construcción en 1329 el arquitecto BERENGUER DE MONTAGUT, ayudado por RAMÓN DESPUIG; en agosto de

1384, el obispo PEDRO PLANELLA dedica el templo a la Virgen y celebra la primera misa. Tres incendios amenazaron la supervivencia del templo, en 1378, antes de su remate, en 1714, durante





el sitio de Barcelona en la Guerra de Sucesión, y en 1936, al estallar la guerra civil. En los últimos años ha sido reconstruida totalmente y se la ha dotado de un sistema de iluminación que

contribuye a magnificar la magia de su recinto.

Exteriormente, define los rasgos peculiares del gótico catalán: torres octogonales terminadas en terraza, ausencia de arbotantes y multiplicación de contrafuertes macizos, preferencia por grandes superficies de paramento desnudo, dominio de la horizontalidad. No carece de originalidad la fachada, con sus torres altísimas y la calle central rota en dos planos, uno con la portada y otro hundido con el rosetón, con lo que se consigue un efecto de volumen poco usual. Los muros laterales sin arbotantes y sin adornos están más próximos a la austeridad románica que a la sensualidad del gótico. Pero es el interior lo que convierte a esta iglesia en un monumento excepcional; la afirmación de que la arquitectura es la creación de espacios interiores puede ser experimentada por el visitante con toda su plenitud.

La disposición interior rompe con la estructura del gótico francés y resume las características del gótico de Cataluña: planta de salón, tres naves de altura casi idéntica, multiplicación de capillas laterales aprovechando el alto número de contrafuertes (imprescindibles ante la ausencia de arbotantes y posibilidades de descarga en naves laterales más bajas).

Al flanquear la entrada se experimenta una doble impresión: la de dominio visual de un espacio vasto y la de hallarse ante una arquitectura pura, sin ninguna concesión ornamental. El dominio del espacio se consigue con la enorme distancia entre los pilares, trece metros, insólita en el arte medieval, y su esbeltez, que no perturba la visión desde ningún ángulo, ya que la contemplación de la iglesia es tan completa desde una nave lateral como desde la central. Por otra parte los pilares al estar reducidos a octógonos, sin ninguna columnilla adosada, asemejan palmeras de piedra que se despliegan hacia los nervios de las bóvedas; la sensación de austeridad de la masa es tal que cualquier aderezo, un cuadro o una lámpara, la perturbaría. Con la esbeltez de los soportes no sólo se consigue una preeminencia de los valores espaciales y plásticos sino que por añadidura es más acusado el efecto ascensional de los elementos arquitectónicos, que culminan en la impresión flotante de la bóveda de crucería. El ritmo solemne y amplio de los pilares de las naves se hace más fluido en la girola, donde la escasa separación, en contraste, contribuye a suscitar una impresión de cabalgata. No carecen de belleza algunos ventanales y resulta particularmente atractiva la iluminación de los de la fachada, contemplados desde el interior de las tardes de sol, pero no es en Santa María del Mar lo importante la luz, en perfecta armonía en las zonas altas con el despliegue de las bóvedas, o el color, sino simplemente la piedra.

No sería posible esta euritmia sin una estructura medida, sometida a rigurosas proporciones matemáticas.

Es frecuente hallar en una catedral gótica, incluso en los monumentos máximos, un pilar más grueso o un ventanal descentrado o un tramo de bóveda más amplio, porque la distribución de pesos o un leve error en el sistema constructivo ha exigido rectificaciones. Pero en este caso el edificio ha sido levantado con la precisión de

diseño de un dibujo (véase ilustración). La nave central, de trece metros de anchura, es igual a la suma de las dos laterales; la anchura total del recinto es igual a la altura de las naves laterales; la distancia de trece metros entre los pilares puede medirse en todos los sentidos, es decir, entre dos pilares de una misma nave o con el correspondiente de la otra; el número de pilares, cuatro en cada nave, se repite en la girola, ocho en total. Estas proporciones aritméticamente calculadas se ponen de relieve en un dibujo del alzado, ya que con una estructura de líneas se pueden enlazar todos los elementos arquitectónicos.

Lógicamente el visitante es ajeno a la existencia de proporciones tan cuidadas, pero las intuye en la serenidad majestuosa de un recinto en el que la piedra alcanza una impresión liviana y el espacio una grandeza magnífica.